

Carta abierta al INVIED: ¿Hasta cuándo van a mantener encerrados a nuestros mayores?

Hay situaciones que no deberían ocurrir nunca. Y, sin embargo, están ocurriendo.

En el edificio donde viven mis padres, de siete plantas, el ascensor lleva días averiándose continuamente. Lo arreglan, vuelve a fallar, lo vuelven a reparar y vuelve a estropearse. Mientras tanto, los vecinos pagan las consecuencias.

Pero no hablamos de personas jóvenes que puedan subir y bajar siete plantas sin dificultad. Hablamos de personas mayores. Personas que dependen completamente del ascensor para hacer algo tan sencillo como salir de casa.

Y aquí surge la pregunta que cualquiera debería hacerse:

¿Es justo que nuestros mayores permanezcan prácticamente encerrados en sus viviendas porque el organismo responsable no ofrece una solución definitiva?

Llevamos años llamando al INVIED, explicando una y otra vez la situación con el ascensor. Se ha insistido en que en ese edificio viven personas vulnerables. Se ha pedido ayuda. Se ha pedido rapidez. Se ha pedido sensibilidad.

Pero la realidad sigue siendo la misma.

Mientras unos disfrutan de un fin de semana normal, hay personas que ni siquiera pueden bajar a comprar el pan, acudir a una cita médica o simplemente sentarse un rato al aire libre. El problema es que nadie debería depender de que un ascensor funcione para poder ejercer algo tan básico como salir de su propia casa.

La accesibilidad no es un lujo. Es un derecho.

Nuestros mayores no pueden convertirse en prisioneros de un edificio porque las averías se parcheen una y otra vez sin una solución definitiva. Ellos no pueden esperar eternamente. Cada día que pasa sin un ascensor operativo es un día más de aislamiento, de impotencia y de abandono.

Desde aquí pido al INVIED que actúe con la urgencia que esta situación merece. No dentro de unos días. No cuando venga bien. Ahora.

Porque la dignidad de las personas mayores no puede depender de una reparación provisional.

Porque después de toda una vida trabajando y contribuyendo a esta sociedad, lo mínimo que merecen es poder abrir la puerta de su casa sabiendo que podrán salir de ella.

No estamos pidiendo un favor.

Estamos exigiendo respeto.

Porque algún día todos seremos mayores. Ojalá entonces no tengamos que pedir lo que hoy solo estamos exigiendo para ellos: dignidad.

Firmado: Una hija preocupada por nuestros mayores